

CONTRA EL RELATIVISMO¹

José Adolfo de Azcárraga²

Hace tres años que la revista estadounidense de estudios sociales *Social Text* publicó un *trabajo* de Alan Sokal, donde simulaba defender que la ciencia es una construcción social y lingüística de escaso contacto con la realidad que, para ser liberadora, debería estar subordinada a las oportunas estrategias políticas. Su absurdo título, *Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformadora de la gravedad cuántica*, hubiera alertado de la broma hasta a un estudiante de bachillerato, pero no inquietó al comité editorial de *Social Text*, que cayó en la trampa por su afinidad ideológica con el presunto mensaje del artículo. La extraordinaria polémica desatada por su publicación y por el reciente libro *Imposturas Intelectuales* (las de un nutrido grupo de pensadores postmodernos franceses), escrito por el propio Sokal y Jean Bricmont, no ha concluido aún. La mayoría de los científicos, trasluciendo una larvada irritación ante los *postmodernos*, se ha alineado con Sokal con una satisfacción apenas disimilada: las pocas discrepancias lo son más por la forma que por el fondo.

Las múltiples facetas del *affaire Sokal* han sido discutidas no sólo en revistas especializadas, sino en la prensa culta de todo el mundo. Por ello me limitaré a la cuestión del relativismo, especialmente en la ciencia. Sus antecedentes se remontan, entre otros, a Thomas Kuhn y su *Estructura de las revoluciones científicas* (1962), que ha configurado, durante muchos años, la visión *políticamente correcta* de la ciencia. Este hecho es una de las claves ocultas de la polémica, y explica la exacerbada reacción de cierta ortodoxia *progresista à la page* ante el engaño de Sokal, la misma que en su día exageró las tesis de Kuhn e hizo suyas, también, las menos razonables de Paul Feyerabend.

Recuerdo que leí *La estructura...* hace casi treinta años y que me impresionó el lúcido análisis de Kuhn sobre los aspectos sociológicos de la ciencia. Pero ya entonces anoté en mi copia el punto débil de su argumentación: que si bien la ciencia progresa a veces por medio de saltos bruscos, las *revoluciones científicas*, y el nuevo *paradigma* sólo se consolida cuando la comunidad científica así lo decide, esta decisión no tiene carácter social ni es caprichosa. Al contrario, tan sorprendente armonía de pareceres es *impuesta* por la propia naturaleza (a través de su

¹ Versión en español de *Contra el relativisme*, artículo publicado en la revista de divulgación científica de la Universitat de València *Mètode* (UVEG), núm. 23, Tardor 1999 [<http://www.revistametode.com/>]

² Catedrático de física teórica de la Universidad de Valencia y miembro del IFIC (CSIC-UVEG)
e-mail: j.a.de.azcarraga@uv.es

observación), pues los distintos paradigmas acaban siendo comparables en contra de la tesis de inconmensurabilidad de Kuhn. En consecuencia, y a *largo plazo*, el progreso y el conocimiento científicos no son relativos: son contrastables y medibles por el creciente acuerdo entre las predicciones de las teorías científicas y los resultados de las observaciones (el caso de las matemáticas es singular y requiere un análisis especial). El avance tiene lugar por selección natural de las teorías más predictivas, aunque esa evolución no es exactamente darwinista, pues esta última es aleatoria y no finalista. El resultado es una visión cada vez más precisa de la realidad exterior, cualquiera que sea el sentido de esta expresión. La capacidad predictiva –y, *por tanto*, también descriptiva– de la ciencia es hoy mayor que en cualquier época pasada. Este continuo avance la distingue –al menos, por ahora– de otras creaciones humanas como las artes plásticas o la filosofía, cuyo progreso constante es más que cuestionable. El gran Aristóteles podría participar hoy eficazmente en un seminario de filosofía, religión o política y, sin embargo, se vería perdido en uno de física. Los cuatro ‘elementos’ de Empédocles, otrora esenciales, pasan hoy del centenar, y ni el agua, el aire, la tierra o el fuego figuran entre los elementos químicos.

A pesar de los puntos débiles del esquema de Kuhn, aún más patentes en el “programa fuerte” de la escuela de Edimburgo, y aunque la incompreensión de la ciencia que exhiben los pensadores *postmodernos* que critica Sokal es patente, el relativismo científico sigue siendo moneda común. ¿Por qué? El hecho tiene, creo, dos orígenes: uno político (la obra de Kuhn fue leída con avidez en los años sesenta/setenta, período que incluye la protesta estudiantil y la guerra de Vietnam) y otro social. El aspecto político del relativismo aparece porque relativizando el valor de la ciencia se rebaja su importancia como fuente objetiva de conocimiento, algo conveniente si, desde un punto de vista ideológico, existe el riesgo de que interfiera con dogmas políticos reputados incuestionables. En Occidente, este hecho produjo desde los sesenta un énfasis excesivo en los aspectos sociales de la ciencia por parte de algunos sectores de la izquierda, olvidando, como lamentan Sokal y Bricmont al final de su libro, los valores de ilustración y de progreso que otrora fueron su estandarte. En el Este, la cuestión de la pureza doctrinal fue, desde el comienzo, mucho más grave. Se explica así la *erradicación* estalinista de los genéticos de la URSS iniciada en 1948, aunque este ejemplo no es el único. En el fondo, el antagonismo ciencia-dogma político es una versión actualizada del viejo conflicto entre ciencia y religión, en donde esta última está reemplazada por la ortodoxia política que, curiosamente, también se autodefine (o definía) científica, por si acaso. Las tesis de Michel Foucault de la dependencia de la verdad respecto del poder vincula a éste el conocimiento científico, lo que lo desvaloriza igualmente. Las iniciativas de los *creacionistas* estadounidenses contra la teoría de la evolución son otro ejemplo.

El rechazo social a la ciencia, más frecuente de lo que podría parecer, tiene diversos orígenes. El primero resulta de responsabilizarla –por ejemplo- de las armas nucleares o de los desastres ecológicos, lo que sólo en parte es justo y en cualquier caso sobradamente compensado por los múltiples beneficios que la ciencia y la tecnología han reportado a la humanidad. El desmesurado crecimiento de la especie humana es buena prueba de ello, aunque, paradójicamente, podría llevarla a morir de éxito. El segundo es que la Naturaleza, al carecer de ideología (las leyes del electromagnetismo o la estructura del ADN no admiten calificación ética o política alguna), da lugar a que la ciencia parezca fría y deshumanizada. El tercero es consecuencia de que, como fuente de conocimiento, la ciencia ha invadido áreas que le estaban previamente vedadas lo que, ocasionalmente, es fuente de irritación o de resentimiento. Durante mucho tiempo la expresión *filosofía natural* (como en los *Principia* de Newton) fue sinónimo de *ciencias* de la naturaleza; hoy es un mero arcaísmo en los títulos de doctor (*Ph.D.* o *D. Phil.*) anglosajones. En contraste, los sucesores de Sócrates y Platón han de enfrentarse hoy con la fisiología, la etología, la psicología evolutiva, las redes neuronales, y quién sabe si hasta con la física cuántica, para abordar algunos aspectos de la naturaleza humana. El propio hecho de que la ciencia esté comenzando a investigar aspectos íntimos de nuestra propia identidad puede ser causa de inquietud. Finalmente, hay otro origen más sutil: la sociedad *postmoderna* ha hecho un minúsculo dios de cada individuo que, al reafirmar su exagerado ego, se torna relativista. *Si así lo pienso y me conviene, así es*, parecemos decir, olvidando que le *coeur a ses raisons que la raison ne connaît pas*. Como acuñó el escultor y minimalista americano Donald Judd en otro contexto: *si alguien dice que es arte, arte es*. Nace así lo que yo llamo *relativismo de conveniencia* que, por ejemplo, desdeñará la difícil maestría en cualquier campo como valor deseable. Muchas vanguardias artísticas evidencian, simplemente, la cómoda adopción de esa doctrina. En sus aspectos más próximos, el relativismo es egolatría: casi cuatro siglos después de la muerte de Galileo, el espíritu del geocentrismo continúa hoy vivo en la forma del antropocentrismo que nunca dejó de ser.

Relativizar lo fundamental elevando lo secundario es una de las insidias del *dogma* postmoderno. Su contenido es difícil de definir: lo *postmoderno* está asociado al rechazo de lo moderno, de la ilustración y al énfasis en el relativismo, incluido en el lenguaje (como, en cierta medida, en el *deconstruccionismo*); su propia vaguedad hace el término sospechoso. Fue introducido en 1975 por un arquitecto, Charles Jenks, cansado de los excesos del funcionalismo de la arquitectura *moderna* (la *Bauhaus* de Gropius), por lo que tenía originalmente un significado más preciso. En cualquier caso, el postmodernismo no es algo inocuo, pues todo conocimiento es esencial para ser libres. Por eso el relativismo no es progresista (aquí, sin cursiva). No sólo es inconsistente –no puede afirmar su propia validez sin contradecirse- sino que, al cuestionar el pensamiento crítico y la racionalidad, al fomentar la cultura *light*, el relativismo constituye, en realidad, la

postura anti-intelectual por excelencia. No es liberador, sino medieval y fundamentalista. No es casual, dicho sea de paso, que se esgrima en defensa de la astrología y de otras supersticiones y calamidades semejantes.

Álvaro Delgado-Gal ha señalado que el postmodernismo es el hijo inesperado de la democracia y la secularización, que no admiten limitaciones. El conocimiento científico nos enfrenta crudamente a muchas de las nuestras (no hay nada que hacer contra la ley de la gravedad o la muerte, por ejemplo), así que toda doctrina que lo relativice resulta consoladora y bien recibida. Más aún: si el conocimiento científico es relativo, y por tanto intelectualmente secundario (al menos *en teoría*), resulta excusable ahorrarse el esfuerzo que requeriría el adquirirlo. Todo es entonces cuestión de fe. El propio Sokal me contó cómo un editor de *Social Text* mantenía, tras hacerse pública la burla, que el artículo era serio y que lo que sucedía es que Sokal se había visto *forzado* a renegar de él, *pretendiendo* que era una farsa, para poder salvaguardar su presuntamente comprometido prestigio científico.

Debo concluir advirtiendo que, pese a lo dicho, no sobrevalúo la importancia real de la ciencia, ni creo que esté amenazada por el relativismo o por la influencia de los filósofos postmodernos que satirizan Sokal y Bricmont. La ciencia –quizá no tanto las instituciones científicas- goza de bastante buena salud. El problema que señalo es, precisamente, el contrario: puesto que no hay verdadero conocimiento sin conocimiento científico, pero éste es difícil de adquirir, el riesgo de los no científicos es caer en la cómoda tentación de ignorarlo (el de los científicos, convertirse en bárbaros *especialistas*, no es menos serio). Como dice el viejo aforismo, sólo la verdad –o, al menos, su búsqueda sin prejuicios- nos hará libres. Y ni el relativismo es veraz, ni el pensamiento postmoderno especialmente liberador, ni ser *políticamente correcto* constituye garantía intelectual alguna. Así que, puestos a ceder la autoridad en cuestiones de *filosofía natural*, lo mejor es cedérsela a la propia Naturaleza.